

sanctorum sumus! Hé aquí, señores, la palabra que termina este discurso: será también, lo espero, para vosotros y para mí, la conclusión de este retiro.

Un lazo tendido por Pio IX á Mr. Villecourt.

Pudiéramos citar una multitud de rasgos muy tiernos para demostrar que en ninguna época de la historia de la Iglesia, el episcopado y el sacerdocio católicos han estado nunca tan unidos a la Santa Sede, y tan dispuestos a obedecer a los simples deseos del Papa.

Hé aquí un bello rasgo que merece ser conservado.

Se lee en el *Echo de Fourvière*:

«S. E. el cardenal Villecourt, que acaba de morir en Roma, había nacido en Lyon el 9 de Octubre de 1787, en la parroquia de San Ireneo.

«El antiguo obispo de La Rochelle había dejado entre nosotros los más gratos y los más nobles recuerdos. Su piedad profunda, su firmeza, su mansedumbre, lo habían hecho que fuese querido y venerado no solamente en su diócesis, sino en nuestro país todo entero. Se admiraba su saber, se bendecía su adhesión a la Santa Sede, adhesión de la que nos ha dejado una señal tan bella en la excelente obra intitulada: *Roma y la Francia*, donde ha recogido con tanta autoridad las pruebas de la adhesión filial de nuestra patria y de nuestras iglesias, a la cátedra y al trono de Pedro. Llamado por la confianza de Pio IX al seno del Sacro Colegio, era en Roma el protector natural de nuestros compatriotas. Ninguno volvía de la peregrinación al sepulcro de los Apóstoles sin traer la memoria de su bondad, de su amabilidad, de sus virtudes.

«El señor abad Estragniat, limosnero de la Providencia de Tarara, acaba de comunicarnos una carta que recibió de

Mr. Villecourt en 1855, en el momento en que el humilde obispo acababa de ser revestido, con gran sorpresa suya, de la púrpura cardenalicia. Esta carta íntima, escrita con una sencillez encantadora, da preciosos detalles biográficos, y demuestra, cómo se pueden unir en las almas puras, la sencillez y el candor, a las cualidades más eminentes.

«Roma, 26 de Diciembre, San Estéban, 1855.

«Mi querido Abad é Hijo:

«¡No permita Dios que me olvide nunca de mis verdaderos amigos! Vos sois de este número, y soy dichoso en conservaros hasta la muerte el lugar que ocupais en mi corazón desde hace cerca de cincuenta años. He envejecido de entónces acá; pero gracias al Señor, mis afectos han conservado siempre la misma vivacidad que en los días de mi juventud, y podeis contar con que no se alterarán nunca. Admirad, querido abad, los caminos por los cuales me ha hecho pasar la Divina Providencia: profesor de quinto año, estaba contento con esta posición, y estaba más orgulloso que con la púrpura con que estoy revestido hoy. Seminarista en Lyon, hubiera sido el más dichoso de los hombres, si una indisposición casi habitual de estómago no me hubiese traído cierto perjuicio a la tranquilidad de mi vida. Cuatro veces vicario, no hubiera solicitado otra carrera, si me hubiesen dejado allí. Cura en el campo, estaría aún, según toda probabilidad, si una contrariedad de una naturaleza gravísima no hubiera determinado a mis superiores a retirarme. Limosnero del hospital general de Lyon, sobrevino un nublado que me separó de dos amigos íntimos que eran otros yo mismo.

«Superior de las misiones de Meaux, durante cinco años, los contratiempos de esta época me separaron de esta carrera. Yo fui canónigo lectoral, después superior del Seminario mayor, después vicario general de Meaux y de Sens, después por veinticinco años obispo de La Rochela. Era ne-

Pio IX ha dirigido la carta siguiente a Monseñor el obispo de Nántes:

« PIO IX, PAPA:

« Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.

« Nosotros hemos recibido, con el mayor placer, vuestra carta del 9 de este mes, en la que nos manifestais tanto amor y respeto. Nos expresais en ella, Venerable hermano, el dolor profundo que os causan a vos, a vuestro clero y a todo vuestro pueblo fiel, las aflicciones que nos rodean, y nos haceis conocer las oraciones fervientes que dirigís a Dios por el triunfo y la paz de su santa Iglesia y por la conservación de su Gefe.

« Añadís que habeis enviado al Nuncio que reside en París, y que nos representa, así como a la Sede Apostólica, una suma de ciento cuarenta mil libras (moneda francesa), ofrecida por vuestro clero y vuestro pueblo fiel, para el alivio de nuestra angustia y la de la Sede Apostólica; además, que habeis hecho remitir a nuestro ministro de armas otra suma suficiente para sostener a cuarenta y dos voluntarios de nuestro ejército.

« Con vuestra carta, hemos recibido otra de unas niñas educadas por las religiosas Ursulinas, que han querido enviarnos la suma necesaria para la manutención de dos soldados defensores de la Santa Sede.

« Es imposible, Venerable Hermano, que no estemos vivamente conmovidos por estas pruebas manifiestas de la piedad filial y de la adhesión de la diócesis de Nántes y de su gefe a la Sede Apostólica. Nos, encontramos un gran alivio en nuestros dolores. Al expresaros nuestro vivo reconocimiento, os pedimos que os digneis manifestar en nuestro nombre a vuestro clero, a vuestro pueblo fiel, y a las discípulas de las Ursulinas, los agradecimientos que merecen, y decir a todos que rogamos a Dios humildemente y con instancia que los recompense con abundantes gracias.

« Hemos tenido un gran pesar, Venerable Hermano, al saber que la enfermedad no os permite emprender el viaje a Roma, como ardientemente deseábais, y estar cerca de nosotros el mes de Junio, con vuestros Venerables Hermanos los Obispos del mundo católico. Vuestra presencia y vuestra conversacion hubieran sido para nosotros un gran consuelo. Así, suplicamos a Dios que os vuelva cuanto ántes la salud. Por lo demás, estad seguros que recibiremos con gusto a nuestro querido hijo, M. Richard, vuestro vicario general, y que acogeremos con un celo afectuoso lo que nos diga de vos y de los negocios de vuestra diócesis. . . .

« PIO IX, PAPA. »

Unión de todos los católicos con Pio IX.

Todas las clases de la sociedad estaban representadas en las solemnes fiestas de Roma. Sin embargo, como todos los fieles del mundo católico no podían ir a la Ciudad Eterna, aunque separados por sus cuerpos, estaban allí unidos por sus afectos y sus oraciones. En efecto, aquellos que no han podido hacer el viaje a Roma han procurado dar al Santo Padre los testimonios de su amor y de su adhesión. El Óbolo de San Pedro, la Obra de los zuavos pontificios no parece ser bastante. En Italia, las cien ciudades quieren depositar ofrendas particulares a los pies de Pio IX; la Inglaterra tiene también suscripciones especiales para la fiesta secular, y de todas partes se preparan y se firman discursos que serán un magnífico testimonio de la unanimidad de los sentimientos que experimentan los católicos del mundo entero.

En Inglaterra, lord Petre, lord Herries y Mr. Charles Langdale, acaban de proponer un Discurso al Santo Padre, el que han invitado a firmar a sus hermanos en la fe. Este

Discurso ya ha recibido la adhesión de un número considerable de personajes, entre los cuales se encuentran los nombres muy conocidos de católicos franceses, como el de M. Jorge Bowyer, miembro del parlamento. Nuestros lectores se complacerán, sin duda, al poner a su vista la traducción de este Discurso.

Santísimo Padre:

«En la época del décimotercero centenario del martirio de San Pedro, que se aproxima para añadir un brillo mayor a vuestro pontificado, mientras que nuestros pastores están cerca de vuestro trono, nosotros, vuestros fieles hijos de la Inglaterra y de la Escocia, deseamos también estar presentes por nuestros afectos y por nuestras oraciones.

«En vos reconocemos la persona y las prerogativas de San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, a quien han sido confiadas las llaves del Reino de los cielos, el cuidado de todo el Rebaño y el cuidado de la Iglesia universal sobre la tierra. En vos reconocemos al Vicario de Jesucristo. Vos ejercéis en el mundo la visible jurisdicción del Gefe divino de la Iglesia universal.

«En nuestro clero, secular y regular, se encuentran los representantes de los mártires que han permanecido fieles a la Santa Sede en las prisiones y en la muerte.

«En nuestras antiguas familias están los sucesores de aquellos que se han expuesto a perder todas sus posesiones terrestres a causa de su adhesión a este mismo centro de unidad.

«En vos reconocemos las prerogativas proclamadas por el gran Concilio de Florencia, a saber:

«Que el Pontífice romano tiene el primado sobre el mundo entero, y que Él es el sucesor de San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, y el verdadero Vicario de Cristo, el Gefe de toda la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos, y que a Él en la persona del bienaventurado Pedro, ha sido remitida, por Nuestro Señor Jesucristo, la

«plena potestad de apacentar, de dirigir y de gobernar la Iglesia universal.»

«Con vos, pues, como Doctor de todos los fieles, conformamos todos nuestros afectos, nuestros espíritus, nuestras voluntades, con una filial sumisión y una gustosa fidelidad; —sabiendo que todo lo que Vos enseñáis es verdad, que todo lo que Vos condenáis es error.

«Nosotros estamos obligados a Vos, como al sucesor de San Gregorio, que ha abierto a nuestra nación las puertas del reinado de la vida eterna, y como al Padre que ha dado a la Inglaterra otra vez la integridad de la gerarquía católica.

«Santísimo Padre, nosotros, vuestros humildes pero fieles hijos de toda condición, nos colocamos alrededor de vos, después de veinte años, a esta hora en que las naciones han profetizado y deseado la caída del trono que Dios ha colocado por Vos sobre los príncipes del mundo. ¡Que el Supremo Pastor del rebaño véle por vos! ¡Que el Príncipe de los reyes de la tierra os proteja,—hasta que todos los hombres reconozcan que la Sede de Pedro, en la extensión de sus derechos, está establecida, no por una voluntad humana, no por un poder terrestre, sino por la justicia y la verdad, por el poder y la voluntad de Dios. Porque según vuestras propias palabras, dirigidas recientemente a toda la Iglesia, nosotros declaramos y creemos que el Principado civil con que la Providencia de Dios os ha investido, es, en el estado actual del mundo, necesario para la plena protección y para la defensa de la libertad del Pontífice romano en el gobierno de todo el Rebaño; libertad manifestamente ligada a la libertad misma de la Iglesia. Pueda, pues, el reinado de Vuestra Santidad conservar la paz, hasta que una eternal diadema sustituya la corona de dolor que habeis llevado tanto tiempo por defender nuestra causa.

«En fin, suplicando a Dios dé a Vuestra Santidad el consuelo de ver que se multiplican vuestros hijos espirituales, nosotros os pedimos humildemente para nosotros mismos,

para nuestros hijos y para la Inglaterra, vuestra bendicion apostólica.”

(Siguen las firmas.)

Discurso de la Asociacion de San Miguel.

Hé aquí la traduccion del Discurso, en lengua latina, que se ha presentado al Santo Padre a nombre de la Asociacion católica de San Miguel, extendida, como se sabe, en todo el imperio de Austria.

Santísimo padre:

«La asociacion de fieles que, bajo el patrocinio de San Miguel Arcángel, se formó en Viena para defender, en cuanto le fuese posible, vuestros derechos, cuando el furor de vuestros enemigos se desencadenó contra el patrimonio de Pedro y el vuestro, que ha tenido grandes creces, y que bajo los auspicios de vuestra bendicion apostólica, se ha extendido por todas las partes de la Alemania; viene en este dia del triunfo del Príncipe de los Apóstoles, a ofreceros sus felicitaciones, sus votos y la expresion de su ardiente deseo, porque a vuestra vista, en Vos y por Vos, llegue el dia de gracia y de salud para Roma y para el mundo.

«En primer lugar, ella os felicita, y transportada de un gozo santo, cual conviene, os aplaude de todo corazon. Con un sentimiento ardiente de devocion, de piedad y de veneracion en esta solemnidad secular, exclama: Vivid, Santísimo Padre, y regocijaos: el dia de hoy hace brillar vuestra victoria, proclama vuestro triunfo: porque vos habeis prevalecido, y ellos no prevalecerán jamás: estremeceos de gozo y de placer en este dia: vuestro admirable reinado será coronado por una inmortal memoria, y vos mismo seréis coronado de una gloria eterna.

«Este dia de fiesta, en que nosotros contemplamos al Prín-

cipe de los Apóstoles, Pedro, transportado y elevado al trono de la patria celestial, por el glorioso martirio de la Cruz, disipa todas las sombras y descubre a todos los que quieren ver, que Pedro permanece siempre vivo en el trono de esta ciudadela de Roma, que él mismo estableció el primero y consagró con su sangre, y que hoy despues de mas de diez y ocho siglos, á él contemplamos floreciente en Vos, a él celebramos como vencedor y prosiguiendo sus brillantes triunfos. En el esplendor de semejante solemnidad, lo que llena nuestro pecho, lo que creemos todos con un corazon unánime, lo confesamos con una sola boca, lo atestiguamos en alta voz: En vos, Pio nuestro Padre, que sois verdaderamente el Obispo de Roma, nosotros vemos, nosotros escuchamos, nosotros reverenciamos a Pedro; por vuestra mano es Pedro quien gobierna la Iglesia universal; por vuestra boca es Pedro quien nos habla; por vos, es Pedro quien nos rige y nos gobierna; por vos él es quien apacienta a las ovejas y a los corderos; Pedro es ahora en vos esa piedra sobre la que reposa inmóvil é inquebrantable la estructura de toda la santa Iglesia; y esta solidez que a él mismo lo hizo piedra, y recibió de la piedra que es Cristo, os la ha trasmitido a vos su heredero.

Él florece en vos, y ve en vos como en el príncipe de los Apóstoles, este amor de Dios y de los hombres que ni los cerrojos de las prisiones, ni las cadenas, ni los furores populares, ni las amenazas de los tiranos han podido intimidar, y esta invencible fe, que al combatir no cede jamás, y al triunfar nunca se cansa. Vos sois verdaderamente nuestro Príncipe, nuestro Gefe y nuestro firme apoyo. Vos solo, en esta ruína universal de todas las cosas humanas, sois el fundamento estable y sólido; en esta ceguera comun de todos, solo vos, a la manera del sol, esparcis la luz de la verdad y de la justicia. Vos sois el sosten y el honor de los creyentes, nuestro consuelo y la gloria de nuestra Iglesia, que, bajo vuestra autoridad y vuestro cuidado, es en realidad y se llama con toda verdad la Iglesia Romana.

cesario que viniese a Roma, y que el Soberano Pontífice Pio IX pensase en revestirme de la púrpura, a mí, profesor del querido Estragniat, a mí, vicario de San Chamond, de Ruan, de Mornant y de San Francisco, a mí, cura de Bagnols, etc., etc.; a mí, pobre y miserable bajo todos respetos. ¡Oh! cuán desengañado no he de estar de todo el prestigio de las grandezas de la tierra, cuando veo de quién vienen a ser el patrimonio. Felizmente yo puedo decir que no las he buscado. El cardenalato me ha venido como por una especie de lazo que me ha tendido el Soberano Pontífice.—Pienso que estaréis dispuesto a conformaros con mis intenciones.—Sí, Santísimo Padre, aun cuando sea cuestion de ir hasta el cabo del mundo.—Vos no iréis tan léjos; pero os pido un sacrificio.—No hay sacrificio, Santísimo Padre, cuando el Vicario de Jesucristo es el que me manifiesta su voluntad ó sus deseos.—Se trata de que renunciéis a vuestra diócesis.—Con mucho gusto, y desde este instante si esto place a Vuestra Santidad.—¿Qué tal os asienta Roma?—Muy bien.—¡Ah, entónces permaneced en Roma!—Permaneceré todo el tiempo que Vuestra Santidad disponga.—Os quedaréis para siempre.—Consiento en ello de buena gana si esto puede ser agradable a Vuestra Beatitud.—Vos seréis cardenal dentro de un mes.—¿Qué es esto que oigo? ¡Santo Padre! Esta dignidad es muy superior a mi mérito. Esto no puede ser; el episcopado era ya demasiado para mí.—Yo no habia pensado en vos desde el principio, aunque vuestras cartas, y especialmente las que se refieren a la Inmaculada Concepcion, me habian agradado mucho. Pero una inspiracion súbita ha venido a iluminar y fijar mi espíritu. Vos os habeis presentado como aquel que debe representar al clero frances.—Ved, Santísimo Padre, todas estas súplicas que he escrito ayer y hoy, despues de haber recibido el aviso de que Vuestra Santidad se dignaba recibirme.—Estas súplicas las veré mas tarde; pero no es esta la cuestion de hoy.—Estoy a vuestros piés, Santísimo Padre, creed en mi sinceridad, yo no soy digno de la púrpura.—

Esto es hecho; solamente guardad silencio hasta que reuna a los cardenales para darles parte de mi eleccion. Retiraos, nos volveremos a ver otra ocasion.

Deciros toda la amabilidad que tenia entónces el Soberano Pontífice seria una cosa imposible. Yo no he visto jamás un hombre que tenga un aire tan divino. Los que no le han visto nunca no se pueden formar una justa idea.

« Yo os abrazo y os bendigo, querido hijo, en JESUS Y MARIA INMACULADA.

« † CLEMENTE, cardenal VILLECOURT. »

Pio IX y el Cardenal Gousset.

Nadie ignora que todos los obispos y los sacerdotes del universo han aprovechado todas las ocasiones favorables para depositar a los piés de Pio IX el homenaje respetuoso de su amor filial y de su entera sumision al venerado sucesor de San Pedro.

No citaremos aquí todos estos testimonios tan conocidos, nos contentaremos con referir los que sean mas recientes.

Despues de los ejercicios eclesiásticos de 1866, tuvo lugar en Reims el sexto sínodo, donde fueron promulgados los estatutos sinodales de la diócesis. Los miembros del sínodo aprovecharon espontáneamente esta reunion del clero diocesano para presentar al Santo Padre, el 10 de Setiembre, un discurso en el que, «despues de haber depositado, al momento de separarse, a los piés de Su Santidad la expresion de su filial y respetuosa adhesion,» declaran que «miéntras ven « que se aumentan más los peligros sienten tambien crecer « su adhesion al Pontífice supremo. El éxito de la lucha no « es para ellos objeto de duda; pero, al esperar el dia del « triunfo, que ellos invocan con sus votos, quieren dar al « magnánimo Pontífice Pio IX la seguridad de que, en cual-

«quiera circunstancia en que se encuentre colocado, Su Santidad podrá contar con su fidelidad y su adhesión.»

Su Eminencia se encargó de enviar este discurso al Gefe muy querido de la Iglesia. En la carta que lo acompañaba, Mr. Gousset dice que, «en los días malos con que Dios prueba al mundo, tanto en su sabiduría y su misericordia, como en su justicia, todo su clero estará unido durante la vida y hasta la muerte al Pastor supremo, en el que reconocen y admiran la imagen viva de Aquel que ha salvado al mundo por las humillaciones, las angustias, los sufrimientos y el suplicio de la Cruz.» Mr. Gousset, anuncia al mismo tiempo a Su Santidad, que «consideraría como un deber el enviarle próximamente varios ejemplares de los estatutos sinodales, y le suplicaba los hiciese examinar por la Santa Congregación del concilio;» que por lo demás, «estos estatutos, fundados sobre las constituciones apostólicas y sobre las decisiones de la Santa Sede, tenían por objeto, en los artículos suplementarios, prevenir al clero contra los errores del siglo y las tendencias de un liberalismo que, afectando mostrarse moderado, es por lo mismo más peligroso.»

El Santo Padre contestó el 18 de Octubre de 1866, es decir, menos de dos meses antes de la muerte de Su Eminencia que, «la carta del clero de Reims había sido para él el motivo de un gran consuelo en medio de las terribles angustias con que estaba oprimido su espíritu. Su Santidad deseaba que Monseñor hiciese conocer a los miembros de su clero cuán agradables le habían sido sus sentimientos tan bellos, y tan dignos de ministros santos,» que les asegurase que «el deseo del Gefe de la Iglesia era, que bajo la conducta de su eminente arzobispo continuasen con el mayor celo en hacerse dignos de su vocación, que se esforzasen en combatir valerosamente por la causa de la Iglesia en estos tiempos rodeados de dificultades, en proveer con ardor a la salud de las almas, en llenar los deberes de su cargo con ciencia y con honor.» En cuanto a los estatutos

sinodales, el Santo Padre, hace saber a Su Eminencia que «los hará examinar, según la costumbre, por la Santa Congregación del Concilio.»

Algunos meses más tarde, es decir, después de la muerte de Monseñor Gousset, el grabador Allard envió al Santo Padre una medalla de oro grabada por él con la efigie del cardenal, y representando en el reverso la iglesia de Santo Tomás. El Papa hizo contestar al artista, el 23 de Marzo de 1867, por el secretario de las Cartas latinas, Mr. Mercurelli, que «esta medalla ofrecida por él a Su Santidad había sido doblemente agradable al Santo Padre, porque ella era una prenda del amor filial del artista, una prueba elegante de una industria que le había valido varias veces justos honores como recompensa, y sobre todo, porque Su Santidad había podido contemplar en ella la efigie de un prelado eminente, que apreciaba y estimaba mucho, y cuya pérdida se hacía cada día más sensible a la Iglesia y a su Gefe. Que, además, el artista había sido felizmente inspirado al grabar al dorso de la medalla la copia de la iglesia de Santo Tomás, donde reposan los restos mortales de este excelente prelado, porque el monumento atestigua a la vez la munificencia y la piedad del ilustre difunto, y que perpetúa su agradable recuerdo entre el pueblo a quien hizo tanto bien.»

No se puede hacer del cardenal Gousset un elogio ni más tierno ni mejor merecido.

Carta de Pio IX al obispo de Nantes.

La gran mayoría del Episcopado ha correspondido a los simples deseos de Pio IX, y aquellos prelados que no han podido ir a Roma se han excusado cerca del Papa.